

BUENOS DIAS

Emplazamiento a doña Pilar Miró

De pronto el televisor se dispara. Quiero decir que comienzan a verse las imágenes al revés. Se ven pequeños globos terráqueos que explotan en el rectángulo de la pequeña pantalla, se contemplan bustos de mujer rodando por los suelos, torsos de hombres fornidos y desnudos, y diabólicas carretas por todas partes.

—Ya se «pincharon» otra vez y se han mandado los «canutos», me dice el que está cerca de mí en la barra.

—Pero, ¿cómo es eso, preguntado sorprendido, es que se drogan también?

—¿Cómo que si se drogan? Le voy a llevar a uno de esos «festivales» un día de éstos, para que usted vea hasta dónde llega la degeneración.

—Pero, ¿y los jefes? ¿No les dicen nada los jefes? Porque me supongo que serán solamente los mandos subalternos o medios.

—Está equivocado. Allí, en las centrales de televisión, se drogan desde el superior hasta el último lego. Dan los noticieros para «hacer la pantalla» —nunca mejor empleada la expresión— pero allí, el que no corre vuela. Es un manuseo de escándalo. ¿No se ha fijado usted cómo manipulan las informaciones?

—Sí, pues algo de eso sí había notado, pero no creí que la cosa había llegado a tanto. Pero, ¿también «snifan»?

Mire, allí hacen de todo, con la presencia de macarras, vagabundos y suripantas: unas auténticas orgías. Todo, menos hacer una televisión honesta y responsable. ¡Una degeneración terrible!

Aviso al lector: esto que digo no se ajusta a la realidad. Es pura ficción y cualquier parecido con personas y lugares conocidos es pura coincidencia. Se trata solamente del comienzo de un guión de película que he pensado ofrecer a doña Pilar Miró, para la sesión «Cine a medianoche». No siempre van a ser los conventos de monjas, piensa uno, los que sean blanco de la infamia y del más ignominioso de los ataques. También podría corresponderle el turno alguna vez, piensa uno, a Televisión Española. No se trata de desacreditar a nadie, como sabemos que ustedes tampoco, doña Pilar, tienen mala intención, al ofrecer a los televidentes películas como la del sábado último, titulada «Entre tinieblas», y en la que se aprovechaba el caso de una pobre muchacha que había matado a su novio con una sobredosis de heroína, y se refugiaba en aquel convento, para poner a las pobres monjas de chupa de dómine. Porque allí, doña Pilar, la religiosa que no traficaba con la coca, se mandaba sus canutos o porros, se «pinchaba» a base de bien, o hacía gala de su lesbianismo, sin que por eso se les cayera la toca.

¿Cree usted realmente que hay conventos así en este país? Y no nos diga que el que no quiere ver sexo y droga que cierre el aparato, que por eso es «cine de medianoche», no; no nos venga con falacias; una cosa es sexo y droga en los sitios donde comúnmente los hay, y hasta casi es normal, y otra cosa, muy distinta, es faltar al respeto a millones de oyentes que, sin rasgarse las vestiduras por ver unas obscenidades, son católicos de verdad, por lo que se consideran altamente ofendidos, cuando las mentes deformadas de ustedes sitúan tales escenas detrás de los muros de un convento.

Esperamos que usted, que tan buena directora es, nos haga un día una película exactamente igual a «Entre tinieblas», pero teniendo como escenario Televisión Española. A lo mejor, ¡cuál quiera saber!, el sitio es más idóneo...

Florilán

POR LA VIDA Y POR LA CALLE

Lo que «no melita la pena»

CUANDO una cosa no importa o importa poco se dice «que no merece la pena», aunque en las islas esta expresión es que «no melita la pena». Pues bien, de lo que «no melita la pena» me voy a ocupar hoy. Refiriéndome a esas preocupaciones pueriles o insignificantes que, a veces, nos asaltan y ocupan nuestra atención como si de algo importante se tratara.

Es evidente que no debemos ocuparnos de lo que «no melita la pena», torturándonos la imaginación y amargándonos los días por preocupaciones o cavilaciones que no conducen a nada ni representan nada digno de ser tenido en cuenta. ¡Cuántas veces por una de estas preocupaciones tontas, por cosas sin importancia, descuidamos y olvidamos otras que, en realidad, deben importarnos y ocupar nuestra imaginación! Sobre todo por las noches. ¿Cuántas veces nos acostamos con el pensamiento en algo que nos ha ocurrido o que imaginamos durante el día y que, sin tener importancia alguna basta para desvelarnos, arrebatarnos el sueño y hacer que pasemos una noche entera en la tortura del despabilamiento, sin razón ni motivo en la mayor parte de los casos. Y eso no está bien. Al acostarse hay que dejar atrás, en

ción y perderse en la gloria de los pensamientos hermosos y confortadores. Eso es lo que llamo yo «tener la conciencia tranquila» y que me hace dormir como un lirón, desde las diez de la noche hasta las siete y media o las ocho del día siguiente.

Por eso lo aconsejo a todo el mundo. Y pierdo un espacio que pudiera dedicar a temas más prácticos, a decirlo y aconsejarlo a todos mis lectores para que puedan tener también la «conciencia tranquila» y dormir como duermo yo. Para esto hay que saber bien qué es lo que «melita la pena» y qué es lo que no importa ni merece que nos ocupemos de ello.

Hoy he recibido una carta de una señora que siente hacia mí un enorme agradecimiento que dura ya desde hace varios años porque dice que, en cierta ocasión, estando en un estado de depresión profunda, pensó hasta en el suicidio y la lectura de un artículo mío había levantado su espíritu, la había hecho reflexionar y me considera, así, el salvador de su vida. Yo, hoy, con mi comentario sobre lo que «melita la pena» o no espero producir también un efecto salvador en los que han perdido el sueño o no duermen tranquilos por no saber

DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

Desde Tomé Cano y los Díaz Pimienta

SANTA CRUZ DE LA PALMA y Garachico —Garachico y Santa Cruz de La Palma— son ciudades marineras con latir de siglos y buena, muy buena historia. Ambas nacieron al filo de la ola y, por tanto, en ellas todo es ancho y profundo —las horas, las tierras, el espacio— como también todo es recio y hondo en sus gentes, que siempre han tenido ante ellas la huerta azul e infinita del Atlántico.

Ambas ciudades, bien asentadas sobre piedras llenas de siglos y de historia, dieron siempre —dan y darán siempre— buenos marineros, todos con vocación de proeles triunfadores sobre los branques de todas las empresas y todas las flotillas que, en los agujeros desmelenados, son símbolo y ejemplo de la tradición marinera de Canarias.

Desde Tomé Cano a los Díaz Pimienta, toda una larga y buena tradición, todo un ejemplar navegar en los barcos blancos de velas abiertas, en los vapores empenachados y, ahora, en los «motor-ships» de leves y rítmicos escapes por las chimeneas que, casi todas, rompen con la estética.

Tanto en Garachico como en Santa Cruz de La Palma, la honda llamada del Atlántico, la voz muda y profunda de una vocación marinera, la llamada de toda una tradición. Tanto en Garachico como en la Santa Cruz palmera, la brisa anima a desgarrar las cuentas del rosario de los recuerdos. Y a evocar los flameos de velas cuadas y gualdrapazos de los foques y cangrejas, pues fueron ellas las precursoras de las alternativas triples y de cuanto luego hicieron —y hacen— las turbinas y los motores.

Tanto en Santa Cruz de La Palma como en Garachico —la hermosa Villa y Puerto de Garachico— fueron lugares de escala obligada para los veleros que, con sus agudos tajamares, rompían la tierna corteza de la mar en sus viajes a las Américas. Esta es la mar isleña por la que, en edad remota, navegaron los hombres que buscaban islas nuevas, tierras nuevas de nuevos empenachados y, ahora, animados por el valor desesperado de la esperanza, lograron cambiar la imagen de la Tierra reflejada en el viejo mapamundi.

Garachico, huérfanas sus aguas de los antiguos fruteros y goletas del cabotaje, hoy recibe a las embarcaciones valientes de la pesca de bajura que, todas, llegan con el tesoro plateado de sus caladas en la mar abierta y difícil. Allí, a la sombra del Roque y del centenario castillo, hay tradición marinera y pescadora —muy buena tradición marinera y pescadora— la misma que se respira y vive en la Santa Cruz palmera y que, desde luego, da ánimos y esperanza a ambas poblaciones. En ellas, la voz potente de las generaciones, la llamada cálida del camino infinito de toda la mar, camino sin linderos por el cual les llegó cuanto fueron, cuanto son y serán.

La centenaria Villa y Puerto de Garachico fue, en años idos pero siempre bien recordados, el puerto y puerta de la Isla toda. Por aquella costa, luego quemada por el volcán, se exportaban los productos isleños y, muchos años más tarde, fue —con el Puerto de la Cruz— salida de la producción platanera que, desde las tierras del Norte, venía a Santa Cruz para, una vez trasbordada, seguir a puertos de Europa.

Allí, cerca de la costa y bajo

el «pescante», los fruteros del cabotaje —«Taoro», «Tacoronte», «Carmen», «Aguila de Oro», «Guanche», «Isora», «Adeje», «Amir», etc.— cargaban casi banda a banda con las tres primeras motonaves que, con chimeneas de mucha guinda y sombrero, fueron matriculadas en Santa Cruz; eran las «Santa Ursula», «Bure» —que luego se llamó «Sausal»— y el buen «Sancho II» que, hace unos años, naufragó en la costa africana.

Con los fruteros y su pequeño bosque de chimeneas humeantes, las balandras y goletas que, poco a poco, sustituían la limosna de la brisa en las blancas lonas por el oleoso respirar de los motores.

Al otro lado del horizonte, Santa Cruz de La Palma. Allí, al pie del Risco de la Concepción, siempre hubo y siempre hay ir y venir de barcos, estelas constantes y, como en Garachico, todo un soñar con viejos veleros en las rutas de las Américas. En las dos ciudades con latir de siglos y buena historia, toda una tradición marinera, todo un sonar y resonar de callaos, todo un olor a mar desnuda.

Juan A. Padrón Albornoz

¡Uf! Este huevo quiere sal

AUNQUE sobre gustos no todo está escrito, creo que no es demasiado aventurado el afirmar que las personas que rehuyen de los huevos desabridos son inmensa mayoría. En lo que a mí respecta debo decir que me alíneo en la prieta fila de los que acostumbran salpicar los huevos, fritos o duros, con unas piedrecitas de sal arrojadas a la «refatiña». Abráse visto, no más, que desde el punto de vista gastronómico o del arte culinario tengo bien claro que todo huevo quiere sal. Mas sasonemos este tema, y tratemos de darle el sentido que nos propusimos al ponerle título aunque sólo sea por aquello de: «No sólo de pan vive el hombre». Abandonemos, pues, la larga y prosaica introducción y adentrémonos en la aventura que supone el hablar en ese decir tan nuestro que nada tiene que ver con el socorrido alimento que en él se menciona.

Con motivos más que justificados le dije, hace unos días, a un compañero de trabajo: «¡Uf! Este huevo quiere sal». Al compañero en cuestión trabósele la lengua y su cara adquirió el color de un tomate maduro. Al parecer el antañón decir le picó su amor propio y dio lugar para que se comportara de una manera torpe pero, a la vez, muy humana. Si esa misma frase la hubiese escuchado un muchachito nuevo, con toda seguridad, no se habría inmutado. Es una pena que un decir que transmite un claro mensaje a las personas mayores no les diga nada a los jóvenes de hoy.

El decir, que tanto afectó a mi compañero, y que ha dado pie para elaborar este texto, está relacionado con determinados comportamientos de hombres y mujeres. Resulta curioso admi-

tir que los comportamientos a los que nos referimos suelen presentarse en personas que están relacionadas en grado sumo. Personas a las que el roce continuo les hace conocer de qué «pata» cojea cada una.

Usted se acostumbra, a lo largo de muchas jornadas de su vida, al comportamiento de una persona. Un día, de buenas a primeras, advierte que la persona cuestionada cambia, de manera ostensible, la actitud hacia su persona. Nota usted unas atenciones inusuales, una cara fingidamente risueña y un sinnúmero de pequeños detalles que no encajan en el puzzle de la mutua y cotidiana relación. Usted llega a sospechar que algo se oculta entre los bastidores de tanto teatro. En ese preciso momento usted dice para sí, para otro o para todos: «¡Uf! Este huevo quiere sal». Y, actuando en consecuencia, usted se pone a la defensiva y, si se lo propone, le puede ganar la baza al individuo que cree sabérselo todo aunque, en realidad, poco o nada sabe.

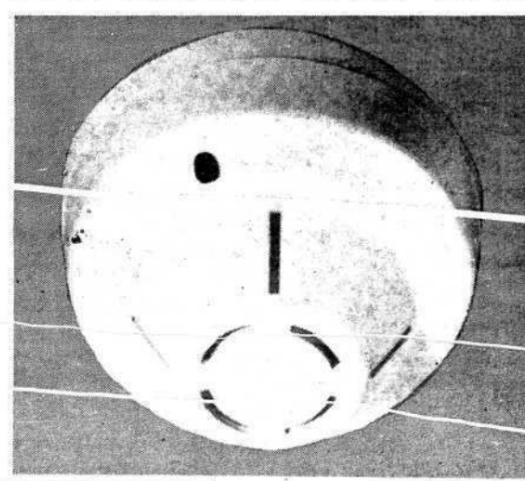
Alberto Rodríguez Álvarez



ALMERIA - ALICANTE - BARCELONA - BURGOS - CIUDAD REAL - GANDIA - GRANADA - IRUN - JAEN - LA CORUÑA - LAS PALMAS - LEON - LOGROÑO - MADRID - MAJAGAHONDA - MURCIA - OVIEDO - PAMPLONA - PONFERRADA - SALAMANCA - SANTANDER - SEVILLA - TENERIFE - VALENCIA - VALLADOLID - VIGO - VITORIA - ZARAGOZA

En Tenerife: PEREZ GALDOS, 9

DETECTOR DE HUMOS



CENTRALES DE
DETECCION
AUTOMATICA
DE INCENDIOS

aguilera
electrónica

Dr. JESUS
HERNANDEZ
ACOSTA

ESPECIALISTA EN
OBSTETRICIA Y GINECOLOGIA
Comunica la apertura de su consulta

DISTRIBUIDOR